

Como en las dos novelas de Cervantes protagonizadas por don Quijote –tradicional y erróneamente consideradas como partes de una única novela– o en la serie de relatos que Conan Doyle dedicó a Sherlock Holmes, es el diálogo entre dos personajes lo que más interesa en ‘El problema final’, el brillante, y finalmente frustrado, homenaje que Arturo Pérez-Reverte ha querido dedicar a la novela policiaca que estuvo de moda en los años treinta, la novela-problema que planteaba un reto al lector, un enigma que debía resolver en competencia con el detective. Se trata de un género, o subgénero, más intelectual que visceral (de ahí la fascinación de Jorge Luis Borges) que arrumbarían en los cuarenta los Dashiell Hammett y los Raymond Chandler para sustituirlo por el que hoy prolifera, gore y denuncia de la corrupción policial y política, de la pervivencia del heteropatriarcado y de otras lacras. Agatha Christie y sus émulos de entonces –Dickson Carr, Ellery Queen, Dorothy L. Sayers– se han refugiado en el cine y en las series de televisión.

Pérez-Reverte comienza de sugerente manera su homenaje a la literatura de otro tiempo: «En junio de 1960 viajé a Génova para comprar un sombrero. Había adquirido esa costumbre cuando rodaba películas en Italia: pasar unos días en el Grand Hotel Savoia y comprar un Borsalino de fieltro o panamá, según la época del año, en Luciana de la vía Luccoli». Atractivo resulta el narrador en primera persona –un viejo actor inspirado en Basil Rathbone, el más famoso intérprete de Sherlock antes de que apareciera Benedict Cumberbatch– en esas primeras páginas, pero en la mayor parte de la novela podía, y quizá debería, haber sido sustitui-

Crimen en el paraíso

Narrativa. En Pérez Reverte, el relleno para llegar al número mínimo de páginas que exige el mercado editorial se nota demasiado en esta metanovela con escasa verosimilitud

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN



do por una tercera persona. La novela tiene mucho de teatral o de guion para una adaptación cinematográfica. Los exteriores son pocos, pero muy visualmente atractivos, como en las películas basadas en la serie protagonizada por Tom Ripley: la Génova del prólogo, la villa junto al lago de Garda del epílogo y la isla griega frente a Corfú en que transcurre la mayor parte de la acción, «bellísima, un minúsculo paraíso de olivos, cedros, cipreses y buganvillas, con el embarcadero en forma de espigón bajo las ruinas de un antiguo fuerte veneciano, una colina espesamente arbolada que conservaba arriba los restos de un templo griego» y, en una concavidad protegida de todos los vientos, el hotel en el que durante unos días un inesperado temporal aisló a los personajes.

Hace un esfuerzo el autor por abandonar su tono bronco característico (la única maldición que se permite el protagonista es un reiterado «Por Júpiter») y ofrecernos un relato amable, como de sobremesa, un cosy crimen, en el que abundan las referencias literarias y cinematográficas. La verosimilitud no pa-

rece preocuparle demasiado y quien tenga la paciencia de seguir hasta el final, se sonreirá al comprobar que una suplantación se descubre porque un personaje era alérgico a la fruta y en el cadáver tenía «los incisivos manchados de un leve tono violáceo», rastro de un postre de moras que había cómodo a mediodía. Como el asesinato ocurrió a media noche, hay que deducir que la adinerada y educada viajera inglesa no tenía la costumbre de lavarse los dientes. Tampoco existían entonces –años sesenta– las huellas dactilares y se podía conseguir pasaporte a nombre de otra persona

con tal de que en la fotografía uno se pareciera a ella.

¿Minucias? Si uno acepta las reglas del juego, no estropean el entretenimiento. Pero –ya lo dijo Borges, el inevitable Borges– utilizar más de trescientas páginas para resolver un acertijo resulta excederse un poco. Por eso, «el género policial se presta menos a la novela que al cuento breve; Chesterton y Poe, su inventor, prefirieron siempre el segundo». Y cuentos, o novelas cortas, llenan las páginas del Mystery Magazine, la revista en que Francisco Foxá, que aspira a ser el equivalente de Watson en ‘El problema final’, publicó su única obra traducida al inglés.

Para que nos interese una novela, hace falta algo más que una serie de asesinatos aparentemente imposibles. Para que los personajes no sean piezas de un mero juego o mecanismo hace falta mostrarlos humanos y creíbles, como hizo el pionero Wilkie Collins en ‘La piedra luna’. Los de Pérez-Reverte, salvo el viejo actor y el novelista de quiosco (un homenaje a los José Mallorquí y Marcial Lafuente Estefanía), nos interesan poco.

Por otra parte, en Pérez-Reverte el relleno para llegar al número

ro mínimo de páginas que exige el mercado editorial se nota demasiado, como en los antiguos folletistas que cobraban por líneas. Baste un ejemplo: «Pedí a Evangelina que me sirviera el café en la terraza, dejé la servilleta, me puse de pie y crucé el comedor en dirección a la puerta vidriera». ¿Hace falta decir que, cuando uno se levanta después de comer, deja la servilleta?

Entre los crímenes –tres muertos en unos pocos días, la mitad de los huéspedes en un hotel aislado– y la sorpresa final hay una elipsis de tres meses: los que transcurren entre el penúltimo y el último capítulo. ¿Por qué el narrador deja de contar lo que pasó en ese tiempo? ¿Por qué reanuda la escritura tres meses después? El autor ni siquiera intenta justificarlo. Simplemente lo necesita para aumentar la sorpresa: en ese tiempo, el narrador que se toma vacaciones ha ido averiguando datos, que se ocultan al lector, y que luego va a irnos revelando en la traca final.

Metanovela más que novela es ‘El problema final’. Los fanáticos de Sherlock Holmes, en el libro y en el cine, disfrutarán con este bien documentado homenaje y pasarán por alto las inverosimilitudes de la historia, o sonreirán ante ellas. No es la menor que de seis personas que el azar reúne en un hotel, la mitad se sepan de memoria no solo amplias citas de los relatos de Holmes, sino también de los diálogos de sus películas (y en una época en que no era fácil ver las películas más de una vez e imposible revisarlas en casa, como sin duda hizo el autor). Quienes no sientan excesiva nostalgia del «elemental, querido Watson» de su adolescencia y quieran distraerse con una historia adictiva e intrascendente, mejor harán recurriendo a la televisión o yendo al cine a ver ‘Misterio en Venecia’.



EL PROBLEMA FINAL
ARTURO PÉREZ-REVERTE
Editorial: Alfaguara, Madrid, 2023.
328 páginas. Precio: 21.90 euros



YO QUE FUI UN PERRO
ANTONIO SOLER
Editorial: Galaxia Gutenberg, 292 páginas. Precio: 22 euros

El malagueño Antonio Soler traza minuciosamente el perfil de Carlos Cánovas Merchán, un joven estudiante de Medicina

que da el perfecto perfil del clásico maltratador en la relación que mantiene con una novia Yolanda, a la que somete a una constante vigilancia. La novela está escrita en una primera persona que corresponde al propio Cánovas y a lo que se supone que es el diario de este, que se inicia un 21 de enero de 1991. Es la autorradiografía de ese personaje, cuyo discurso es de un patológico sentido de la posesión que se traduce en el espionaje de los movimientos de la chica, en cada uno de sus gestos y en cada vestido que ella se pone. Otra de las cualidades de esta alhaja de hombre es su capacidad manipuladora con quienes le rodean. Un texto tan bien escrito como asfixiante. **I. E.**



HOY, ESTA NOCHE, MAÑANA
RACHEL LYNN SOLOMON
Editorial: Titania, 352 páginas. Precio: 19 euros

Es el último día de instituto. Rowan Roth y Neil McNair han sido enemigos del centro escolar. Han rivalizado en los resultados de los exámenes, en las elecciones al consejo escolar e incluso en competiciones de flexiones. Cuando Neil se convierte en el graduado con mejores notas del curso, a Rowan solo le queda una oportunidad para ganarlo, en una especie de gincana para los estudiantes de último curso. Pero al descubrir que un grupo de estudiantes se proponen derrotarlos, ella y Neil deciden, a regañadientes, unir fuerzas hasta ser los únicos dos jugadores que queden... Y luego, deberán acabar con el otro. Cuanto más tiempo pasa con Neil, más comprende Rowan que es mucho más que el extraño ratón de biblioteca con el que ha competido. Y, quizás en realidad podría ser el hombre de sus sueños.



EL OJO DEL TIGRE
JUAN SIMERAN
Editorial: Menoscuarto, 236 páginas. Precio: 19,80 euros

«Esa marca –que iba del pómulo a la ceja– no hacía más que exacerbar el magnetismo que irradiaban las mujeres que se saben atractivas». Con esa descripción se inicia la obra con la que el bonaerense Juan Simeran obtuvo el pasado año el Premio Tristana de Novela Fantástica y en la que un hombre –el narrador– acepta el papel de oyente de la historia de una desconocida con la que coincide en un balneario de Buenos Aires. Él es un tipo casado al que su mujer no le quita ojo mientras ejerce de ojea y ella una inspectora de escuelas de La Plata. La historia es la misión que le fue encargada de investigar un centro escolar en una remota región argentina. Misión que la condujo hacia un destino llamado Kurtz, un ser excéntrico que pronto se convertiría en el hombre de su vida. Una excelente y subyugante novela. **I. E.**



LA TRADUCCIÓN DEL MUNDO
JUAN GABRIEL VÁSQUEZ
Editorial: Alfaguara, 160 páginas. Precio: 17 euros

Entre octubre y noviembre de 2022, el colombiano Juan Gabriel Vásquez fue invitado por la Universidad de Oxford a dictar cuatro conferencias. ‘La traducción del mundo’ reúne aquellos extensos textos en los que el novelista expuso su concepción de ese arte que Kundera llamó «inmoral» cuando no se ejerce como una vía de conocimiento. Vásquez lo identifica con una definición que aparece en ‘El tiempo recobrado’ y que sirve de epígrafe al libro: «El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor». La traducción a la que se refiere Proust no es la de un escrito, sino la de la propia existencia. Para Vásquez novelar no es contar la vida sino contarla de un modo que solo puede contarla la novela. El último texto, ‘Para la libertad’, denuncia la persecución a Rushdie como una «imposición narrativa». **I. E.**